

LOS ORÍGENES DEL NAZISMO

«¿Buscas fuego? Lo encontrarás en las cenizas».

Rabino Mosche Löw von Sasow

En 1933 llegaba al poder, de una forma democrática, Adolf Hitler, aunque sin mayoría absoluta. Más tarde, una vez que la aristocracia, la derecha, el ejército, la banca y el poder industrial alemanes aceptan el resultado y, como mal menor, el poder de los nazis, Hitler subvertirá el sistema, ilegalizará a los partidos políticos y sindicatos, detendrá a sus oponentes y convocará unas nuevas elecciones donde obtendría la mayoría absoluta de un parlamento que más tarde cerrará hasta que la derrota militar permita el lento regreso a la normalidad de Alemania.

En tan solo doce años, entre 1933 y 1945, el *Führer* del *III Reich*, destinado a gobernar Alemania por más de mil años —en palabras del propio Hitler— constituyó una de las experiencias políticas y criminales más trágicas de la historia universal. Había comenzado una gran pesadilla para millones de personas que morirían, más tarde, en la Segunda Guerra Mundial, muchos de ellos en los campos de exterminio abiertos por los nacionalsocialistas. Los alemanes, como señaló muy atinadamente el escritor Günter Grass, «creyeron en Papá Noel, pero Papá Noel —Hitler— en realidad era un ogro».

«¿Por qué nos odian tanto?», se preguntaban asustados los miles de judíos, homosexuales y gitanos que eran enviados, en trenes de ganados, a los campos de exterminio nazis. ¿De dónde procedía el odio que había puesto en marcha la maquinaria criminal más impresionante de la historia? ¿Qué nutrió intelectualmente y moralmente a una ideología que es la expresión más clara de hasta dónde puede llegar la perversión de la política? ¿Cómo fue posible que mil años de tranquila y sosegada vida alemana, plagada de una rica tradición literaria, artística e incluso musical, se viera truncada casi de repente y súbitamente por la irrupción en la escena de la ideología nazi y sus verdugos voluntarios?

A todas estas preguntas, hechas una y mil veces por los supervivientes del Holocausto y por las víctimas del nazismo, es difícil darles una respuesta precisa y claramente concluyente, aunque hay factores y elementos anteriores a la llegada al poder de los nazis que arrojan bastante luz sobre el origen del nazismo y su irresistible ascenso (incluyendo aquí el éxito electoral de Hitler) en la Alemania del período de entreguerras.

Para el nazismo, la historia de Alemania, pesimista y plagada de derrotas, solo podía entenderse si se tenían en cuenta a los grandes enemigos del país, principalmente los judíos, los vecinos eslavos que siempre trataron de destruirles y los «subhombres», es decir, las razas «inferiores» que no habían dejado crecer y desarrollarse al proyecto nacional. Los alemanes, pensaban los nazis, necesitaban un *Lebensraum* o espacio vital libre de judíos y «subhombres». La Iglesia católica, en cierta medida, tan solo servía como fuente legitimadora de ese discurso y compartía con la sociedad alemana sus temores y miedos ante la «cuestión judía», que debería ser «solucionada» por los medios que más tarde serían puestos en práctica. El nazismo solamente se explica si entendemos los siglos de la historia de Alemania en los que el antisemitismo siempre estuvo presente —primero en el cristianismo y después en los orígenes mismos de la nación alemana—, en una sociedad en la que el nacionalismo siempre se cultivó en clave xenofóbica. La nueva nación alemana debería quedar libre de «impurezas» y «elementos extraños» para volver a ser grande.

Estas doctrinas, fundamentadas en la superioridad de la raza aria alemana sobre el resto de los pueblos del mundo, habían «bebido» intelectualmente de las tesis racistas del geógrafo alemán Friedrich Ratzel, autor de cierto prestigio en la Alemania de finales del siglo XIX. En su obra «Geografía política», Ratzel considera que los pueblos con una cultura inferior, como los judíos y los gitanos, estaban condenados a la extinción, junto con «los raquíticos pueblos cazadores del interior de África», así como «innumerables existencias parecidas», puesto que se trataba de «pueblos dispersos, sin una tierra propia».

En esta nueva entidad nacional, sujeta a un espacio territorial donde solo vivieran los alemanes y los «infrahumanos» o «subhumanos» fueran separados de la sociedad, los nazis decidirían quiénes pertenecerían al bando de los elegidos y quiénes serían «aislados» y separados del resto de la sociedad. A los negacionistas, es decir, a los que niegan el Holocausto, les vendría muy bien releer los textos previos a la llegada al poder de los nazis, pues los planes de aniquilación y exterminio de los judíos y los gitanos ya están descritos y pormenorizados en numerosos textos.

El nazismo no solo no ocultó sus planes con respecto a los que consideraba como inferiores a los pueblos germánicos, sino que alardeó de que pondría todo su poder y sus medios contra los que consideraba «enemigos» de Alemania. Están descritos claramente en el «*Mein Kampf*», libro que, desde luego, no se anda por las ramas con respecto a los judíos. No hay metáforas, ni retórica oculta, sino el deseo de construir una nueva entidad nacional sobre las ruinas de la anterior y en donde los no-alemanes no tengan cabida. Esto lo sabían los miles de judíos que, nada más llegar Hitler al poder, saldrían de Alemania con rumbo a donde fuese, sin importar ni el destino ni la dirección, abandonando todo y dejando atrás la pesadilla nazi. Lo que resulta increíble es que muchos de los judíos alemanes no abandonaran en su momento el país y se quedaran a la espera de la «solución final», como si pensasen que los delirios patológicos y racistas de Hitler no eran más que una bravata electoral, una pesadilla incapaz de ser llevada a cabo.

«Hasta el niño en la cuna debe ser pisoteado como un sapo venenoso... Vivimos en una época de hierro, en la que es necesario barrer con escobas de hierro», afirmó exultante Heinrich Himmler en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial. Los planes criminales trazados por el nazismo nunca fueron ocultados por los dirigentes nazis e incluso constituían motivo de orgullo; las pruebas fotográficas de los crímenes perpetrados eran realizadas por simples soldados y oficiales que alardeaban de ellas ante sus familiares y amigos. No había vergüenza ni remordimiento alguno, como mucho alguna depresión ante tanto crimen, ya que tan solo se trabajaba en la noble tarea de construir la Alemania soñada (o ensoñada) por el inefable e indiscutido *Führer*.

Resulta increíble el volumen que hay de pruebas gráficas sobre el Holocausto, los miles de fotografías, documentos, testimonios y cartas, sin que nadie se pusiese manos a la obra para destruirlas, para evitar la futura vergüenza del crimen masivo, como si realmente lo perpetrado no fuera motivo para la reprobación moral y política. Hay abundantes pruebas gráficas, pero no las órdenes escritas, pues los nazis temían que en el futuro fueran utilizadas en su contra. No había nada que esconder porque moralmente tales acciones criminales no constituían motivo para la condena. Así lo entendía Eichmann, que era un idealista y tan solo «cumplía» órdenes. Eichmann, cuando fue detenido, no entendía nada, se sentía inocente y completamente liberado de culpa. No se sentía culpable, se sentía como parte de una suerte de plan divino que emanaba del supremo redentor para liberar a Alemania de su pesada carga.

El nazismo fue desde sus orígenes un movimiento violento, brutal, sanguinario y abyecto, que consideraba que la eliminación física de sus enemigos y los considerados como «elementos antisociales» no solo eran una parte de su programa, sino la realización de una tarea superior y mística entregada a los alemanes para preservar a Europa de sus propias impurezas. Convirtieron al crimen en una religión de Estado y a los campos de exterminio en los nuevos altares de la supremacía étnica. No olvidemos que no solo gitanos, judíos y homosexuales fueron eliminados físicamente por el nazismo, sino que también los españoles (republicanos), franceses, griegos, italianos, serbios, polacos, rusos y ucranianos fueron exterminados sin contemplaciones por la *máquina de la muerte* —no merece otro nombre— puesta en marcha por los nazis desde su llegada al poder.

El fin no solo justificaba los medios, sino que los medios, es decir, la violencia y el asesinato, eran parte también del programa, un cuerpo ideológico basado en la aniquilación de todos los no-alemanes y de aquellos que no compartían sus creencias. El proyecto criminal del nazismo, como hemos dicho antes, nunca fue ocultado ni en sus arengas ni en la propaganda oficial.

Una vez que el nazismo llegaba al poder, en 1933, comienza el desarrollo de toda una serie de políticas y medidas contra las razas «inferiores», gitanos y judíos principalmente, como el internamiento en campos de concentración de miembros de estas etnias, la limitación de sus derechos fundamentales e incluso la pérdida de ciudadanía alemana. Luego, sobre todo a partir de 1935 y la promulgación de las tristemente conocidas Leyes de Núremberg, los judíos y también los gitanos pasaron a ser considerados ciudadanos de segunda categoría y, más tarde, enviados a los campos de la muerte, donde correrían la trágica suerte que todos conocemos.

Incluso el Holocausto fue anunciado por el propio Hitler en una fecha tan temprana como 1939, cuando todavía se debatía acerca de la llamada «solución final», cuando llegó a afirmar literalmente: «Hoy quiero convertirme de nuevo en profeta —dice el 30 de enero del citado año—: si las finanzas internacionales y los judíos dentro y fuera de Europa consiguieran, una vez más, arrastrar a las naciones a una guerra mundial, el resultado no sería la bolchevización de la tierra y, por lo tanto, la victoria del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía en Europa». La «solución final» estaba ya en ciernes mucho antes de ser aprobada y refrendada por los líderes nazis oficialmente.

No obstante, es absolutamente falso, como han pretendido algunos en Alemania y Austria, que la obra criminal del nazismo, sobre todo la que se desarrolla entre 1939 y 1945, fuera el proyecto de una «camarilla asesina». Para realizar un proyecto de tales características, en el que perecieron entre ocho y diez millones de seres humanos, incluyendo aquí a los homosexuales, los gitanos y un sinnúmero de nacionalidades consideradas «subhumanas» por los nazis, el aparato contó innumerables colaboradores, funcionarios, verdugos voluntarios y simples delatores que señalaban a sus víctimas, como ocurrió en Austria, Croacia, Eslovaquia, Francia, Holanda, Polonia, Rumanía y Ucrania, por citar tan solo algunos de los países donde se perpetraron los crímenes y las deportaciones.

Fue, tal como asegura el profesor Mauro Torres, una suerte de delirio crónico sistematizado y colectivo, asombrosamente contagioso, que llevó al Partido Nacional Socialista al poder de una forma democrática y sin que nadie en la escena alemana, incluyendo aquí a la derecha, el ejército, la banca, los empresarios, las iglesias e incluso los intelectuales «independientes», hiciera nada por detener la «marea negra».

Este fenómeno de histeria colectiva, de adhesión voluntaria a un proyecto criminal, queda muy bien definido en un texto del experto en el tema Laurent Rees: «Nadie conminó a los miembros del partido a perpetrar los asesinatos: estamos hablando, más bien, de una empresa colectiva compartida por miles de personas que decidieron por sí mismas no solo participar, sino también aportar sus propias iniciativas con la intención de ver cómo resolver el problema y de cómo matar a seres humanos y deshacerse de sus cadáveres a una escala jamás concebida con anterioridad».

A este respecto, el estudioso del nazismo Robert Gellately señala que «la prensa local de Dachau informó en 1933 de la muerte violenta de una docena de reclusos, afirmando que los guardianes habían actuado en “defensa propia” y que las víctimas eran “por lo demás individuos con propensión al sadismo”. ¿Cómo reaccionaron los alemanes al establecimiento de los campos de concentración? Fueron muy pocas las voces críticas que se dejaron oír». La oposición interna al régimen nazi fue casi inexistente, meramente testimonial, apenas daría para unas páginas.

Gellately, gran conocedor del funcionamiento del sistema policial durante la larga noche nazi, sostiene que la mayoría de los delatores y colaboradores de la Gestapo lo hacían voluntariamente y sin que nadie les obligase a hacerlo hasta fechas tan tardías como el año 1945, cuando el país se hallaba al borde del colapso. También las SS eran un cuerpo de voluntarios y no una unidad de reemplazo. Nadie cuestionaba las órdenes, todos obedecían sin rechistar y, llegado el caso, ejecutaban a las víctimas inocentes señaladas por el aparato nazi.

Resulta sorprendente, además, que hasta una fecha tan tardía como 1944 no se produzca la primera reacción «efectiva» contra el nazismo: el atentado fallido del teniente coronel Claus von Stauffenberg contra Hitler. Hasta esa fecha resulta muy sospechoso que nadie tratase de detener la espiral criminal y de neutralizar, de alguna forma, los impulsos asesinos del Führer. Tan solo cuando se acercaba la proximidad de la derrota, el naufragio total del proyecto totalitario alemán, un grupo de militares reacciona, no llevado por un afán idealista y democratizador, sino por garantizarse una salida personal ante el cambio de escenario que ya se presiente.

Incluso Heinrich Himmler, uno de los auténticos mentores de la «solución final» y un fanático sin mácula de duda de las ideas nazis, intentó en los últimos meses de su vida poner fin a la guerra e intento negociar con los americanos y los británicos una salida negociada a la «catástrofe» que se avecinaba, el final del nazismo. No había propósito de enmienda, porque la razón estaba de su parte, sino un cambio táctico en el programa ante la eventual posibilidad de que la derrota militar se convirtiera en trágica certeza. Tanto los británicos como los norteamericanos se negaron a negociar con un tipo de tan dudosa trayectoria.

El resultado de esta demencial y criminal política puesta en marcha fue que la comunidad judía de Alemania fue aniquilada, perseguida y, finalmente, destruida. De un total de 565 000 judíos censados en 1933, unos 150 000 perecieron en los campos de la muerte, en las campañas de asesinatos indiscriminados contra los judíos y a causa de las duras condiciones de vida provocadas por la guerra. A comienzos de los años cincuenta vivían en Alemania, según un censo de la época, algo menos de cuarenta mil judíos (37 000). La limpieza étnica había sido brutalmente efectiva.

«Cuando los aliados ocuparon por fin Alemania y “descubrieron” los campos de concentración, hicieron todo lo máximo posible para que todos los alemanes, sin excepción, fueran conscientes de los crímenes cometidos por los nazis como parte de la campaña de desnazificación. La respuesta de la opinión pública alemana fue bastante inesperada: *Armes Deutschland!* (¡Pobre Alemania!). Así

fue como las noticias de los crímenes perpetrados durante la guerra por los alemanes resonaron en la conciencia de la sociedad alemana: el mundo nos odiará por lo que hicieron los nazis. Parece que a los alemanes les resultó fácil adoptar una actitud de victimismo, que aliviaba, por así decir, la carga de responsabilidad que tenían por la guerra y el sufrimiento infligido a infinitas víctimas», escribía el profesor e investigador Jan T. Gross.

Y termino con una carta profética —y que invita a la reflexión en estos tiempos turbulentos donde predomina la tentación de pasar la página sobre todos estos asuntos— enviada por el general Erich Ludendorff el 31 de enero de 1933 al mariscal Hindenburg, su antiguo compañero de armas y máxima autoridad en aquella Alemania que se hundía en su propia miseria política, al día siguiente de nombrar a Hitler como canciller alemán: «Al hacer a Hitler canciller del *Reich*, ha entregado usted nuestra santa patria a uno de los mayores demagogos de nuestro tiempo. Le predigo solemnemente que este hombre maldito conducirá a nuestro *Reich* al abismo, llevará a nuestra nación a sufrimientos inauditos, y que la maldición del género humano le perseguirá a usted en la tumba por lo que ha hecho».